

© FRANCESC JARQUE

RUEDA RITUAL DEL FUEGO

EN EL PAÍS VALENCIANO, LA PRESENCIA DEL FUEGO EN LAS MANIFESTACIONES FESTIVAS ES CONSTANTE, TANTO SI SE TRATA DE FUEGOS ARTIFICIALES COMO SI SON LAS CLÁSICAS HOGUERAS. DESDE EL INVIERNO HASTA EL VERANO, EL FUEGO SE CONVIERTE EN EL EJE, LA PROPIA ESENCIA DE LA CELEBRACIÓN.

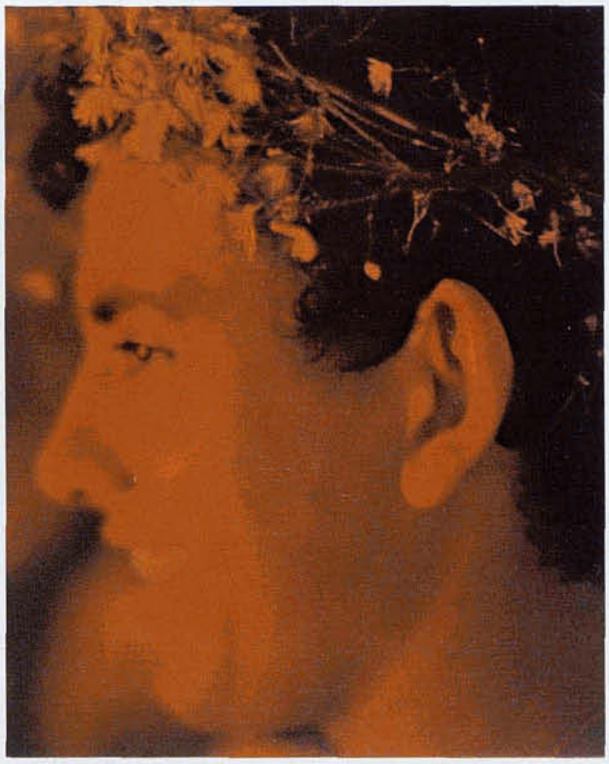
JOAN CASTELLÓ I VILA PROFESOR

Parece que, en todas nuestras tierras –y también fuera de ellas–, los habitantes del País Valenciano tenemos fama de muy y buenos fiesteros. Y si hay un elemento común que se halla presente en todas nuestras manifestaciones festivas, éste es el fuego, especialmente en sus expresiones más sonoras y artísticas: tracas, cohetes, castillos de fuegos artificiales, etc., hasta el punto de que prácticamente no existe celebración pública –ni muchas privadas– donde no estén presentes los citados elementos pirotécnicos.

Nuestra intención, no obstante, es reportar toda una serie de fiestas populares en las que el fuego, principalmente en forma de ingentes hogueras, se convierte en la propia esencia de la celebración. Dos son los polos más importantes a cuyo alrededor se congregan las fiestas del fuego: las hogueras de invierno, que tienen la festividad de san Antonio Abad –del cochinillo, según la nomenclatura popular– como punto de referencia, y los fuegos del solsticio de verano, con las celebraciones de las verbenas de san Juan como eje vertebrador. Las hogueras de san Antonio se extienden por toda la geografía valenciana –Alginet, Albaida, Catarroja, Gabarda, Ademuz, ...–, pero por la espectacularidad de las manifestaciones, merece la pena que nos centremos en las fiestas de la ciudad de Canals, en la comarca de la Costera, y en las de Villanueva de Alcolea, en la Plana Alta.

En Canals, la pira que acabará ardiendo tiene unas dimensiones extraordinarias, con más de 20 metros de altura, y su visión resulta extraordinariamente plástica: un perfecto cono vertical construido con troncos de pinos secos pero





© FRANCESC JARQUE

cubiertos con borrajo verde, está rematado, a modo de florón, con un naranjo en flor. Desde hace ya algún tiempo, el día de año nuevo se inicia la construcción de la pira, que deberá estar lista exactamente el día 16 de enero, inicio de las fiestas patronales. Estrechamente unida a la hoguera de san Antonio, se encuentra la celebración de los "pares", en recuerdo de los pares de animales que los habitantes del Canals de otros tiempos cedían para labrar la tierra del santo. También está el cochinillo, para ser alimentado por los vecinos, y que acabará rifándose.

Por su parte, en Villanueva de Alcolea, como preludio de la celebración, se prende fuego a la ingente hoguera de los mayorales, una encina central rodeada de aliagas, que han montado durante esa misma noche. Ya en el día de la fiesta, y por el lugar por donde debe pasar la procesión, se montan unas hogueras a las que se irá prendiendo fuego a medida que aquélla avance. Entonces, los fiesteros del año, montados sobre caballos y corceles ataviados a la antigua –gualdrapas de seda bordadas con hilos de oro y plata, lentejuelas y espejuelos, cabezada de flores y retrancas de cintas–, después de la oración del Padrenuestro y de haber escuchado la clásica invocación "Sant Anton, / sant ditxós, / fes que els porquets siguen grossos i menjadors" (san Antonio, santo dichoso, haz que los cochinillos sean grandes y comedores), cabalgan a todo correr para saltar las diversas hogueras dispuestas a lo largo de todo el recorrido. Una vez finalizado éste, y habiendo devuelto el guión del santo a la abadía, tiene lugar el "tropell" o carrera de caballos. Cada corcel busca lo que le parece el camino más corto para ganar el premio: la "coqueta de tarró" –hecha con azúcar, almendra y barquillo– que se encuentra en la meta de la carrera, es decir, en el "banc" que se coloca bajo los balcones de la casa del párroco del pueblo.

En cuanto a la fama y el renombre de las fallas –sin duda nuestra fiesta emblemática y una auténtica apoteosis del fuego– que, año tras año, se plantan en más de medio centenar de poblaciones valencianas, en esta ocasión no haremos otra cosa que dejar constancia de su existencia, máxime cuando ya han sido objeto de un artículo monográfico en otro ejemplar de esta publicación.

El otro polo de las fiestas valencianas del fuego es la noche mágica de san Juan. Es la noche más corta del año, cuando el agua de las fuentes, de los ríos y, sobre todo, del mar, tiene el poder de fecundar a las hembras, justo el momento en que el rocío cura enfermedades incurables; la noche misteriosa en la que nace el trébol de cuatro hojas, símbolo inequívoco de la buena suerte.

También esta celebración –que, sin duda, se remonta a prácticas de carácter esotérico y pagano– se extiende por todo el País Valenciano, especialmente por la zonas más costeras. Son innumerables las hogueras que se montan para poder ser saltadas con la finalidad de expulsar los posibles maleficios para todo el año. Y si la hoguera arde justo a ras del agua del mar –y ésta es la ubicación de centenares–, el rito se completa con la práctica de dejar que lleguen a los pies desnudos de los congregados nueve olas, que culminarán la purificación deseada.

Hablar de las hogueras de san Juan, sin embargo, exige hacer unas menciones específicas: los fuegos de Jávea, en la comarca de la Marina Alta, y las hogueras de san Juan de Alicante.

En Jávea, la especificidad de la celebración consiste, entre otras cosas, en actos como la ofrenda de "uvas y brevas" –frutos de la tierra muy mediterrá-



© FRANCESC JARQUE

neos– al santo patrón, implorando la bondad de las cosechas. Y el ritual de saltar los fuegos –que, según la tradición, da suerte y prosperidad– lo realizan los jóvenes con sus cabezas coronadas por ramas de hiedra provista de pequeñas flores blancas, que evocan en el espectador unas reminiscencias de claro cuño clásico. Y después de la quema, todos a comer las "habas tostadas", que como todo el mundo sabe, es la mejor manera de conjurar los buenos espíritus para favorecer la presencia del dinero que, si bien es cierto que no trae la felicidad, contribuye bastante a ella.

La costumbre de encender hogueras en Alicante que, con el paso del tiempo, había adquirido el carácter de gran fiesta urbana, cuajó en 1928, cuando se consideró la posibilidad de darles un planteamiento similar al de las fallas de la ciudad de Valencia. Sólo había que transformar las pilas informes de materiales combustibles en estructuras decorativas con muñecos de características satíricas, parecidos a los de las fiestas de la capital del País. A partir de ahí, fueron creándose las diversas *comissions de foguerers*. En 1932, se iniciaba la elección de una *bellea del foc*, parecida a la fallera mayor de Valencia. La instalación de barracas como centros de promoción popular de la fiesta, contribuye extraordinariamente a sacar a la calle la alegría y el gozo de vivir. En cuanto a la gastronomía, hay que tener presente que, en Alicante, la famosa "coca de san Juan" presenta unas características que la hacen diametralmente opuesta al típico dulce de otras regiones: coca adornada con pimiento, tomate y atún salado, todo ello cocido al horno.

Pero existen otras muchas celebraciones donde el fuego tiene una relevancia especial. Así, en la pequeña población de La Yesa, en la comarca de Serrans, todavía se mantiene la costumbre medieval de encender hogueras y almenaras a las puertas de sus casas, la víspera de la patrona de la localidad, Nuestra Señora del Carmen. Las almenaras, hogueras que se hacían antiguamente como señales, en atalayas y otros lugares elevados, son aquí una especie de grandes candelabros de hierro.

En Agullente, pueblo de La Vall d'Albaida, dentro de las fiestas locales se conmemora el Milagro de la lámpara, donde el fuego tiene un papel preponderante como recordatorio de la lámpara milagrosa de aceite, con el que se untaron los habitantes del pueblo y sanaron durante la peste del año 1600. Pequeños y mayores suben de romería a la ermita, llevando en las manos, y girándolas continuamente para avivar el fuego, las fallas, que no son otra cosa que trozos de capazos viejos como los que se utilizan en las almazaras para chafar las aceitunas. Merece la pena, asimismo, reportar la bajada de Nuestra Señora de Gracia, en Biar, en la comarca de L'Alcoià. En la víspera del día 11 de mayo, una vez ha finalizado la entrada de Moros y Cristianos, los capitanes de las comparsas, los mayordomos de la cofradía de Nuestra Señora y las autoridades, se dirigen a la ermita para bajar la imagen en procesión hasta el pueblo. El resto de la gente se congrega a la entrada de la ciudad, no sólo para recibir la venerada imagen, sino, principalmente, para contemplar el extraordinario espectáculo de las hogueras en las montañas que rodean Biar: más de quinientas hogueras controladas son encendidas por los *foguerers* en todas las cimas de las sierras que circundan la población, hogueras a las que hay que añadir otras muchas que se encienden en los márgenes de los caminos por donde desciende la imagen.

La relación de los fuegos festivos valencianos podría hacerse interminable: los del traslado de las imágenes a Alfara de Algimia, en la comarca del Camp de Morvedre; la *Nit de les fogueres* del 22 de abril en Onil, en la comarca de L'Alcoià; la *Nit de l'Albada* de la ciudad de Elche, que preludia las celebraciones del Misterio y de la Fiesta, sin olvidar otras manifestaciones como los *bous embolats* -corridas nocturnas de toros con dos bolas de fuego en las astas-, típicos de muchos pueblos valencianos, en especial de los alrededores de la capital del País, o las espectaculares *cordades* -diversión nocturna de una fiesta, que consiste en prender fuego a diversas sartas de cohetes que se desprenden, encendidos, de una cuerda colgada de parte a parte de una plaza o calle-, como la célebre cordada de Paterna, en la comarca de L'Horta.

Si el fuego es la fuerza regeneradora, en el País Valenciano estamos bien surtidos. ■